



*Maestro Cardoza, no pudo usted esperar hasta el domingo para asumir mi parricidio. Ni modo. Otra de sus jugarretas, de esas que abundan en su libro sobre Asturias. De todos modos lea bien este trabajo. No renuncio a una sola palabra. Es un "grito-homenaje" a usted cuando estaba vivo. Tómelo ahora como un homenaje a su memoria. Algunas buenas conciencias me han aconsejado posponer su publicación en vista de su deceso. Pero yo sé que usted comprenderá en profundidad mi actitud y que en la muerte seguirá ignorando los 'elogios pequeños'.
Hasta la eternidad.*

AHORA MATEMOS A CARDOZA

Mario Roberto Morales*.

CARDOZA ha sido al fin descubierto por cierta inteligencia guatemalteca. Aunque tardío, el reconocimiento vale. Lueven los artículos, los ensayos, los estudios esforzadamente sesudos y, por supuesto, las exégesis huera y las escaladas hacia la notoriedad local sobre las espaldas del maestro. Como Asturias al obtener el Nobel, Cardoza se ha puesto de moda en Guatemala al haberle otorgado la Universidad de San Carlos su doctorado Honoris Causa el 14 de febrero de 1992.

Estar de moda en Guatemala significa, para un escritor guatemalteco, que todo el mundo hable de él, que las maestras de primaria envíen a sus alumnos a la tediosa e incomprensible cruzada de traer al aula recortes de poemas o notas biográficas sobre el célebre autor, y también que unos cuantos disciplinados lleguen a leerlo.

A Cardoza se le están cantando alabanzas. El asunto tiene la ventaja que por esa vía por lo menos su nombre llega a las masas y, con suerte, quizá alguno de sus libros fundamentales para Guatemala llegue a editarse para consumo de escolares y estudiantes universitarios y -por qué no- de uno que otro profesional técnico.

La Universidad se honró a sí misma al otorgarle a Cardoza el doctorado Honoris causa. Y con ello se cultivó viejas enemistades porque hay quienes de veras creen que Cardoza es una especie de patriarca de la guerrilla. No se

* Guatemalteco, Licenciado en Filosofía y Letras (U.R.L.), Master en Sociología (Universidad de Costa Rica), escritor, autor de La Debacle, Los Demonios Salvajes, El Esplendor de la Pirámide, Epigramas para Interrogar a Patricia.

percatan que Cardoza ya no logró captar la problemática básica de la insurgencia armada en este momento histórico, de donde su lamentable adhesión romántica a algunos de sus postulados principistas y a algunos de sus deslucidos dirigentes.

La imprescindible crítica de la izquierda no la ha hecho Cardoza, quizá por que aún participa del mito según el cual quien no ha combatido en las montañas no tiene derecho a criticarla: mito militarista que ha acallado a conciencias lúcidas y coadyuvado al desarrollo de consabidos vicios de militancia.

A Asturias propusimos matarlo porque los escritores de los años sesenta y setenta imitaban su escritura más adyacente y, por ello, más vistosa y menos importante. La vistosa verbal sedujo a quienes lo leían superficialmente, sin calar en la esencia de su aporte. Dolorosamente vemos cómo ahora-recién "descubierto" Cardoza-algunos escritores, que a veces no llegan a los cuarenta años, se largan a evocar vivencias imitando el tono líricamente escamado de quien viene de vuelta de todas las ilusiones, creyendo escribir bien porque perciben que "así" escribe Cardoza.

Hemos dicho que a Asturias lo mataron sus recurrentes excesos criollistas y modernistas dentro de unas reglas de juego que proponían su superación mediante un experimento de *síntesis* que postulaba la recurrencia a las claves oníricas y al verbo mágico de los textos sagrados mayas, para elaborar una versión estética - y por ello falsa y por ello esencial- de su pequeño país en el centro del continente americano. Esto en el plano estrictamente literario. La necesidad de matarlo surgió en los escritores jóvenes de entonces porque cierta inteligencia local lo había convertido en un tumor inevitable e incurable y fatal. Nada se consideraba como literatura si no pasaba por Asturias, Por eso lo matamos. Porque necesitábamos extirparnos el tumor para poder seguir viviendo, leyéndolo, estudiándolo y tratando de superarlo, pues pensábamos que sólo así podíamos honrarlo con dignidad, sin alabos facilones e interesados de seguidores medianos.

Cardoza dice que los mejores de entre los

asesinos de Asturias han logrado construir una voz propia independiente de seguidismo asturianista. Era de esperar que así lo entendiera. Quien sabe cómo lo tomó Asturias en 1973, que fue cuando lo matamos para hacerlo vivir en nosotros como que ya era para el resto del mundo: una clave cultural de América Latina y un cimiento imprescindible de la identidad guatemalteca.

Cardoza me hace el honor de mencionar mi juvenil perorata "**Matemos a Miguel Angel Asturias**" en su reciente libro "**Miguel Angel Asturias casi novela**", y en el párrafo que me dedica evidencia comprender los móviles del "grito-homenaje" (como lo llama él) en el que porrumpí creyendo interpretar el sentir de los escritores jóvenes de entonces. Ojalá que igualmente comprenda la intención profunda de este nuevo "grito-homenaje" que ahora le lanzo a él.

Igual que los escritores que "seguían" a Asturias, los que "siguen" a Cardoza, toman de él aquellos elementos más susceptibles de envejecimiento, a saber: el sentimentalismo lírico evocador, un poco grandilocuente por su filiación modernista, y su imaginería apegada al vértigo de todos los vanguardismos, que encuentra en la exploración surrealista un refugio ante el tormento de la reflexión metafísica: reflexión negada en nombre de un objetivismo compulsivo que lacera un alma que no puede dejar de ser de La Antigua aunque la evoque con imaginarios del París de principios de siglo y del México post-revolucionario.

Por eso, ahora, es necesario matar también a Cardoza. Pero matarlo como tumor, como rémora que impide valorarlo como lo que es: una clave cultural de América Latina que logró expresar valores espirituales nuestros en el ámbito y el imaginario de la cultura más avanzada del mundo, colocando así-como tal vez diría él mismo-un tocoyal en la cabeza de la Victoria de Samotracia, al ponerle -con las manos de la Venus de Milo- un chachal en el cuello a su amada Antigua. Qué más puede pedir un hombre.

En lo ideológico y lo político, a Asturias lo mató la traición a su frase hecha: "El poeta es una conducta moral". A Asturias no lo mató

tanto la Embajada de Guatemala en París cuanto el arrebatamiento que Otto René Castillo y sus compañeros hicieron de aquella ensuciada estafeta asturiana para elevarla hasta las alturas a la vez vitalistas y necrófilas de la Sierra de las Minas y de la poesía revolucionaria.

A Cardoza -quien se ha cuidado tanto de dejar sentada una posición "correcta" acerca de cada circunstancia histórica que relata- lo ha matado, en lo ideológico y lo político, la desubicada exégesis que inexplicablemente ha hecho del hijo de Miguel Ángel Asturias al adjudicarle roles históricos que, como al resto de comandantes de la guerrilla guatemalteca, le quedan muy grandes. ¿Será acaso que Cardoza quiso curarse en salud y dejar sentada una posición "correcta" para la posteridad? Si la cosa es así, probablemente al maestro le haga falta escuchar versiones de la guerra guatemalteca pero de personas no ligadas verticalístamente a la URNG para que, con la lucidez y crítica implacables que lo han caracterizado, se refiera también a las acciones punitivas perpetradas por esta coalición contra la población civil que simpatizaba también con otras agrupaciones de izquierda; al centralismo, el verticalismo y militarismo internos de las dirigencias revolucionarias, a la responsabilidad que sus comandantes tienen en los desenlaces militares de la guerra que desencadenaron con una pésima conducción y dirección y, en fin, a la ausencia de democracia interna gracias a la cual la disidencia se paga con el bloqueo, la calumnia, la prisión y hasta la muerte.

De todo ello, yo doy fe. Y la doy con crítica y autocrítica pues no pretendo pasar por espectador pasivo de esta debacle. Por eso cuando uno lee una frase como: *Rodrigo es el David de Miguel Ángel*, uno no puede creer que la haya escrito Cardoza, y cae en la cuenta de la pérdida de perspectiva histórica del maestro, así como del daño que puede hacer sin quererlo al contribuir a la formación de falsas heroicidades en la conciencia de quienes no conocen las vísceras de la política de la izquierda revolucionaria tradicional, la cual no se ha diferenciado en su práctica de la política de la derecha: eso la llevó al lecho de muerte en el

que ahora se encuentra, delirando en un diálogo con el enemigo que la venció y contra el

*"Nada es más
miserable que
los elogios
pequeños"*

L.C. Y A.

cual ella cree aún estar en guerra. Cardoza tendría que volver a leer las entrevistas con los comandantes de la guerrilla guatemalteca publicadas alrededor de 1982 y 1983, en las que todos sin excepción declaran -ante la ofensiva de "tierra arrasada"- que "solo la población civil está siendo masacrada" y que "las estructuras militares están intactas", y tendría el maestro que juzgar si aquellos estrategas "del pueblo" habían o no asimilado algo tan elemental como la táctica de "quitarle el agua al pez", y deducir de ahí la calidad de su dirección y conducción militares.

La verdad es que este error marcó el inicio de su derrota y fue la causa del rechazo de las masas hacia su "proyecto" político y sus ideologías maquiavélicas. Lo que ha venido ocurriendo en los años subsiguientes es un juego del ratón y el gato, el cual justifica la prolongación indefinida de la guerra y la existencia permanente de las estructuras y los individuos -de ambos bandos- que no saben hacer otra cosa más que eso. Cuando todos los sectores sociales de los diferentes países del mundo se reacomodan para librar sus luchas bajo otros postulados y otros métodos, la guerrilla guatemalteca permanece ideológicamente encaramada en la Sierra de las Minas, soñando con las glorias de la Sierra Maestra. Por nuestra parte, nunca pensamos que Cardoza compartiera estos sueños porque nunca pensamos en él como alguien al que lo tocara la obsolescencia y la chatez ideológicas.

"El poeta es una conducta moral". Por eso el mejor epitafio de Cardoza sería una crítica de la izquierda, la cual es incapaz de hacerse

jamás la autocrítica a pesar de que se la debe mucho al pueblo guatemalteco. Su trayectoria de lucidez y consecuencia exigirían del maestro esa crítica y no aquella exégesis un tanto culposa por dejar tan malparado a Asturias en su libro sobre él, y por proponerse a sí mismo como paradigma de su época y su generación.

El compulsivo "trayectorismo" cardoziano, que quiere dejar incólume a su protagonista en todas las visitudes histórico-políticas en las que le tocó estar, aunque haya sido tangencialmente, le exige a su creador una cosecuencia implacable hasta el final, pues sólo así habrá de ser coherente con su propio mito, como lo fueron Martí y Otto René; empresa en la que fracasó Asturias según lo machaca el maestro Cardoza preguntándose constantemente a lo largo de su libro sobre aquel, acerca de cómo pudo vivir y "triunfar" en la Guatemala de Jorge Ubico.

Matar a Cardoza es escribir a partir de su aporte y no lanzarse en picada para nadar en él, ni mucho menos escalar sus espaldas para sacar la propia cabeza. Fue en ese sentido que propusimos matar a Asturias. Y aprovechando la ocasión en que incurrimos en un segundo parricidio, procedimos a rematar a Miguel Angel con un tiro de gracia que, aunque innecesario ya, no deja de rubricar el fin de los ideales "liberales", cuestión que nos sirve para recalcar asimismo el fin de los vanguardismos revolucionarios pequeño burgueses e ilustrados, y de los iluminados que han querido llevar a las masas hacia una victoria más soñada que planificada, a todo lo cual no debió adherir Cardoza si le interesaba redondear incólume su escrupulosa trayectoria.

El mundo se encamina hacia una síntesis de las experiencias capitalistas y socialistas. El vislumbre de ese mundo es el ámbito de la escrituralidad de este fin de siglo. A esta causa sí se debe adherir Cardoza pues se espera eso de él en razón de su propio mito.

El tiempo es circular pero en cada vuelta trae nuevos aires: Asturias, el que contribuyó a prolongar un sistema político y una ideología obsoletos (el ubiquismo), lo cual le reclama y le reprocha Cardoza. Y Cardoza, que está

contribuyendo a magnificar una práctica política y una ideología que necesitan ser superadas como lo manda la más elemental dialéctica sobre todo ahora, cuando esa propuesta quedó fuera de la agenda de las masas populares según puede constatarse con sólo estar un corto tiempo en Guatemala. Superarse, sí, como necesitan ser superados la estética asturiana y el imaginario cardoziano, para que permanezcan fijados en la historia como cimientos ineludibles de la cultura y de la identidad latinoamericanas.

Estamos frente un nuevo reto: cómo articular políticamente, con la dignidad y la altura del caso, los hermosos ideales colectivos que inspiraron a la izquierda revolucionaria y ante cuya grandeza y altura no pudo actuar con consecuencia suficiente como para convertirlos, si no en una victoria histórica local, sí en los pilares de una organización popular de duración estable. A eso habría que abocarse para no morir aún. Y a una propuesta estética que, como hubiese querido Brecht, deduzca su moral de las necesidades de su combate, ahora que el combate cambió sus reglas.

Las consabidas condiciones objetivas y subjetivas siguen estando allí, intactas. No es el hijo de Asturias quien redimirá las contradicciones del padre. La historia rebasó esa posibilidad. Ahora son las masas -y no sus autonombrados guías exógenos- quienes tienen la palabra. Pero a Cardoza sí le queda aún la oportunidad de dejar sentada su última posición "correcta" para que los escritores posteriores a él puedan matarlo con dignidad y puedan hacerlo vivir como lo que es: un clásico latinoamericano que además fue consecuente con su ideario político y con sus posiciones democráticas. Todo lo contrario de Asturias, quien deberá conformarse con la clasicidad barroca que nos endilgó para siempre como rasgo cultural de identidad. Nada más y nada menos.

De Cardoza queremos heredar la coherencia hasta el final. Sólo así la identidad puede tener dignidad. Y ambas cosas -las cuales pasan por el ejercicio libre y liberador de la crítica independiente y por la superación decidida de los "elogios pequeños" -nos hacen mucha falta como país y como pueblo.

Matar a Luis Cardoza y Aragón es honrarlo como se merece. A él no le complacería tener "seguidores" y muchos menos aduladores. Estos sólo lo aprovechan para lograr glorias del tamaño de su propia moral y su propio talento y, aunque no consiguen disminuir su dimensión cultural, sí logran traicionar su repudio hacia los elogios pequeños.

Cardoza no se traiciona, a sí mismo. Por eso debe hacer su crítica de la izquierda. No le va el "elogio pequeño". Sus posiciones "correctas", imparciales, "objetivas" y "ecuánimes" se le aceptarán sólo si se preocupa y ocupa de mantenerlas hasta el final. Si no corre el riesgo de traicionar la frase que traicionó Asturias y que él ha encarnado hasta ahora sin dobleces aún sin haberla acuñado: "El poeta es una conducta moral".

Repito que queremos heredar de él la coherencia. No nos interesa repetir su coherencia (eso es tarea de aduladores) sino tomar de él el aliento para protagonizar la nuestra. Y cualquiera sea la nuestra, tendrá que ser distinta. En esa coherencia distinta él vivirá, gracias a que lo habremos matado como todo aquello que él no es: y de pérdida se desbarrancarán los fantoches y también los pequeños elogios hacia el basurero de las ideologías caducas.

